

ROMERO

mártir de la justicia

FELIPE MONROY. ENVIADO ESPECIAL A SAN SALVADOR

Treinta y cinco años después de su asesinato, monseñor Romero ya es beato. Aun cuando ellos ya le habían canonizado hace décadas, cientos de miles de salvadoreños abarrotaron la capital centroamericana en una histórica jornada que, como les dijo el papa Francisco, sirvió “para colmar las esperanzas de muchos fieles”.

Entre 300.000 y medio millón de fieles peregrinos llegaron hasta la Plaza del Divino Salvador del Mundo, en el corazón de la capital centroamericana de El Salvador, para participar de la ceremonia de beatificación del arzobispo mártir **Óscar Arnulfo Romero Galdámez**, quien fuera asesinado el 24 de marzo de 1980 en el contexto de la guerra civil salvadoreña. Todos, excepto el puñado de dignatarios y representantes internacionales, llegaron a pie tras recorrer algo más de dos kilómetros, debido a la clausura estratégica de 57 calles, que paralizó prácticamente la ciudad.

Corresponsales y enviados de prensa de todo el mundo utilizaron cámaras montadas en drones para sobrevolar y dimensionar la concentración de feligreses. Para no entrar en la guerra de las cifras, baste decir que las aeronaves, a 400 metros de altura, no lograron captar toda la mancha humana en torno al diamante de la plaza cívica y que, desde antes de que despuntara el sol, era ya imposible acercarse siquiera a las barreras de contención que delimitaban el templete y la zona para sacerdotes (más de 1.400) e invitados especiales.

La ceremonia comenzó a las 10:00 horas bajo un agobiante sol; apenas podía imaginarse que la noche anterior había caído una tormenta que no hizo claudicar a las comunidades participantes en la vigilia, quienes no habían abandonado sus privilegiadas posiciones por más de 18 horas.

Algunos minutos antes del tañido de las campanas que anunciaban la ceremonia, cerraban la procesión de ingreso los cardenales **Angelo Amato**, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos de la Santa Sede, y **Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga**, arzobispo de Tegucigalpa (Honduras) y coordinador del Consejo de cardenales del papa **Francisco**; también los arzobispos **León Kalenga**, nuncio apostólico de El Salvador; **José Luis Escobar Alas**, sucesor de Romero; y **Vincenzo Paglia**, postulador de la causa.

Autoridades civiles

Testimoniaban junto al altar los cardenales **Jaime Ortega Alamino**, arzobispo de la Habana; **Leopoldo José Brenes**, de Managua; **José Luis Lacunza**, de David (Panamá); y **Roger Mahony**, emérito de Los Ángeles. A un costado del altar, bajo la carpa que hacía

lucir pequeño el monumento insigne de la pequeña nación centroamericana, el presidente anfitrión, **Salvador Sánchez Cénen**, compartía espacio con miembros de su gabinete y con los titulares ejecutivos de Panamá, **Juan Carlos Varela**; Ecuador, **Rafael Correa**; y de Honduras, **Juan Orlando Hernández**. Participaron además los vicepresidentes de Cuba, Costa Rica, Belice, Bolivia y Guatemala; así como los alcaldes de los departamentos foráneos de El Salvador.

Los periodistas, sin embargo, destinaron sus miradas a **Gaspar Romero**, hermano del hoy beato mártir; y a **Roberto D'Aubuisson**, alcalde de Santa Tecla, hijo del mayor **Roberto D'Aubuisson Arrieta**, quien es señalado como el autor intelectual del asesinato del arzobispo Romero. D'Aubuisson hijo se hizo presente en la ceremonia bajo un sombrero que rezaba ‘Monseñor Romero. Mártir por Amor’ y, desde la plaza tuiteó: “Romero es beato de la Iglesia de quienes en él creen sin distinción. No politicemos la beatificación”. Contestaba así a la pancarta que, en medio de la concentración, repudiaba a su padre como líder militar, a “los ricos oligarcas” y a los “obispos de la Iglesia conser- ►►



ROMERO

► vadora”. El cartel, firmado por las Comunidades Eclesiales de Base de Altavista, culpaba a esta tríada de boicotear el proceso de una Iglesia de los pobres y de refugiarse tras la imagen del arzobispo beato.

La gente, empero, escuchaba las palabras que desde el ambón decía el postulador Vincenzo Paglia: “Romero tomó la defensa de su pueblo, sintió el olor de su pueblo (...), lo acusaron de hacer política y él decía: ‘El Evangelio es una luz que tiene que iluminar al país’”. Abajo, los aplausos respondían a cada frase.

Pastor, no ideólogo

“Romero –continuó Paglia– fue un ejemplo de pastor que defendió a los pobres; él sigue hablando y pidiendo nuestra conversión. Hoy continúa la misa que interrumpieron el día de su muerte y la interrumpida el día de su funeral”, aseveró el postulador ante varias generaciones que recuerdan perfectamente aquel 24 de marzo cuando fue asesinado frente al altar de la capilla del Hospital de la Divina Providencia, y aquel 1 de abril, cuando detonaciones y disparos hacia la catedral metropolitana salvadoreña provocaron una estampida humana, dejando 44 muertos y cientos de heridos.

Ante la memoria de su primer beato, pero también del recuerdo de tantas heridas provocadas por la guerra civil y los desencuentros políticos, crecieron ingobernables los gritos de indignación en las periferias de la multitud: “¡Él quería justicia! ¡Lo mataron con malicia!” y “¡Ni olvido ni perdón: nuestra liberación!”. Fueron necesarias las palabras del papa Francisco, que se hizo presente a través de la carta enviada al arzobispo de San Salvador y al pueblo salvadoreño: “Para colmar la esperanza de muchísimos fie-

les cristianos (...), facultamos para que el venerable Siervo de Dios Óscar Arnulfo Romero Galdámez, obispo y mártir, pastor según el corazón de Cristo, Evangelizador y padre de los pobres, testigo heroico del Reino de Dios, Reino de justicia, fraternidad y paz, en adelante se le llame Beato”.

El Papa había escrito, además, al pueblo salvadoreño a través de la misiva al arzobispo Escobar Alas: “El Señor nunca abandona a su pueblo en las dificultades, y se muestra solícito ante sus necesidades. Él ve la opresión, oye los gritos de dolor de sus hijos, acude en su ayuda para liberarlos de la opresión y llevarlos a una nueva tierra fértil y espaciosa (...). En tiempos de difícil convivencia, monseñor Romero supo guiar, defender y proteger a su rebaño, permaneciendo fiel al Evangelio y en comunión con toda la Iglesia. Su ministerio se distinguió por una particular atención a los más pobres y marginados. Y, en el momento de su muerte, mientras celebraba el Santo Sacrificio del amor y la reconciliación, recibió la gracia de identificarse plenamente con Aquel que dio la vida por sus ovejas”.

Ante la multitud, Paglia recordaba que “con su asesi-



nato quisieron interrumpir su palabra, pero se difundió por todo el mundo (...). Hoy, desde el cielo, Romero bendice a su país y a toda Latinoamérica”. Inmediatamente después fue presentada la reliquia de “el salvadoreño universal”: la camisa que llevaba el día que fue asesinado. Fue montada en un gran relicario, con cristales blindados, cuya transportación exige al menos doce personas. En la esquina derecha del templete, mientras los asistentes aplaudían y coreaban vivas, se develó la gigantografía del beato: Romero, en sotana negra, bendice; detrás, los colores añil y blanco sintetizan la identidad centroamericana. Coronó ese momento un inmenso halo en torno al sol que provocó la distracción de todos los asistentes; el fenómeno natural parecía asentir con lo expresado.

La claridad del mediodía refulgía sobre el rostro de monseñor Romero. “Es la imagen del nuevo mártir”, apuntó el monitor de la celebración y, fi-

nalmente, el sereno gesto del obispo se acrisoló con la aprobación formal de la Iglesia. Sin embargo, a ras del suelo, entre el sudor y la piel de los millares de latinoamericanos presentes, Romero estaba ya tatuado a fuego, como se comprobaba en la infinidad de recuerdos y afiches que tapizaron la ciudad.

Bueno, sabio, virtuoso

Tras el rito de beatificación, la misa se desarrolló como estaba prevista. El centenar de voces del Coro de San José de la Montaña entonó las canciones elegidas para la ceremonia. El cardenal Amato compartió su homilía y, parafraseando a san Agustín obispo, reconoció que, a aquel, el Evangelio le asustaba y que habría preferido una vida tranquila: “En cambio, predicar, amonestar, corregir, edificar, entregarse a todos es un gran peso, una grave responsabilidad, una dura tarea”.

El legado pontificio reconoció que Romero “amó a su pueblo con el afecto y con el martirio,



OPINIÓN

SANTIAGO MATA. AUTOR DE 'MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, PASIÓN POR LA IGLESIA' (PALABRA, 2015)

¿Por qué es mártir?

Cuando se dice que para declararla mártir, hay que demostrar que una persona ha muerto por odio a la fe, no hay que imaginar que sus asesinos profesaran un particular resentimiento hacia la Santísima Trinidad. Ni que quienes la maten tengan un particular conocimiento de los dogmas de la religión católica. No obstante, la Iglesia insiste en que el odio a la fe es motivo imprescindible.

En el caso, por ejemplo, de **Maximiliano Kolbe**, que murió sustituyendo a un condenado a muerte en represalia por la fuga de un preso, parece no verse tal odio. Pero, dado que, de no ser por el desprecio que sentían por el catolicismo, los nazis no habrían tenido por qué apresar al religioso en el campo de concentración, sí puede decirse que, de no haber existido ese odio, no habría muerto. En el caso de **Romero**, hay también que constatar la existencia de una persecución religiosa y de su denuncia por parte del prelado, molesta para el opresor. Además, la decisión última de matarlo se tomó el 23 de marzo de 1980, cuando proclamó en una homilía: "Ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la Ley de Dios que dice: no matar". De quien considerara esto odioso y razón suficiente para matar a quien lo dijo, es obvio que puede decirse que odia la Ley de Dios que Romero invocaba, y sigue, en cambio, la ley del pecado, que el obispo rechazaba.

dando su vida por la paz (...). ¿Quién era Romero? ¿Cómo se preparó para el martirio? Él era un sacerdote bueno, obispo sabio y, sobre todo, un hombre virtuoso".

Para no alimentar el rencor, Amato dijo que el obispo mártir "es luz de las naciones y sal de la tierra", y afirmó que "sus perseguidores desaparecieron en la sombra. En cambio, la memoria del obispo continúa viva y da consuelo a los pobres y marginados de la tierra". El mensaje del cardenal regresaba en cada párrafo a rechazar que el discurso de Romero fuera ideologizado y aseguró que en las palabras del arzobispo jamás existió provocación alguna al odio o a la venganza: "Él invitaba al amor, al perdón y a la reconciliación. Su opción por los pobres no era ideológica, sino evangélica".

Al igual que Paglia, el cardenal Amato también mencionó a **Rutilio Grande** (sacerdote asesinado en 1977, cuyo proceso de beatificación se aca-

ba de iniciar) para explicar a Óscar Romero. La muerte del 'padre Tilo' y de dos campesinos fue el detonante del distanciamiento entre Romero y el Gobierno: "Con la muerte del padre Rutilio, el lenguaje de Romero se volvió más explícito en la defensa del pueblo, sin preocuparse de amenazas. El asesinato del padre Rutilio tocó el corazón del obispo, [pero] la caridad de Romero se extendió también a sus perseguidores. Estaba acostumbrado a ser misericordioso y generoso".

Las últimas frases del cardenal italiano merecen ser transcritas: "Que la beatificación de Romero sea una fiesta de gozo, paz, fraternidad, acogida y perdón. Romero no es símbolo de división, sino de fraternidad y concordia. Llevemos su mensaje en nuestros corazones, porque él pertenece a la Iglesia, pero enriquece también a la humanidad".

Un grito anónimo encendió a la multitud: "¡Viva monseñor Romero!", y los vítores se con-

tagiaron hasta el último rincón de la plaza.

Al concluir la ceremonia, aún con las débiles notas del *Himno a Romero* entonado por el coro (No se agoste tu palabra / que como rocío cae / sobre nuestra tierra herida / que solo florece en sangre), los dos hombres más buscados eran los sacerdotes **Jesús Delgado y Rafael Urrutia**, el legendario secretario de Romero y el postulador diocesano de su causa, respectivamente. La pregunta para ambos era la misma: ¿cuándo será declarado santo? Urrutia es el más optimista: "En uno o dos años, depende de la agilidad con que se promueva y difunda entre la gente. Hay que invitarlos para que nos traigan los milagros". El postulador diocesano incluso ve factible que sea el propio papa Francisco quien canonicé a Romero y beatifique a Rutilio Grande al mismo tiempo.

Para otros, la ceremonia no haría falta: Óscar Arnulfo Romero siempre ha sido ►►

ROMERO

► símbolo de una Iglesia cercana a los pobres y en constante búsqueda por la reconciliación y la paz, imitable en santidad y compromiso social. En estos 35 años desde su martirio, monseñor Romero se ha convertido en un verdadero icono religioso como defensor de los derechos humanos y de la dignidad de los pueblos para la Iglesia latinoamericana: “Fue un hombre extraordinario, preocupado por su rebaño y es un ejemplo claro para el mundo de un pastor que vivió y sufrió junto a los más pobres”, concretó Jesús Delgado a los periodistas.

Pero Romero también es un símbolo político, plástico y artístico. Prácticamente no hay oficina del Gobierno que no tenga el rostro del arzobispo en cuadros, hojas membretadas o memoriales; el partido

Arena y el FMLN; en los muros de los edificios abandonados del centro de la capital, artistas callejeros reproducen el retrato en alto contraste; las postales, estampillas, camisetas, vestidos,

tazas, llaveros, bolsas, bermudas y sombreros.

El ‘aroma a Romero’ se extendió por toda la geografía capitalina: desde la alta e iluminada Capilla del Hospital de la Divi-

na Providencia, donde Romero recibió la bala asesina, hasta la tenue luz en la cripta de la catedral metropolitana del centro histórico de San Salvador, donde la tumba-mausoleo del



‘Vida Nueva’ accede a los negativos del asesinato del mártir

24 DE MARZO

Eulio Pérez García era un fotógrafo que trabajaba para el periódico salvadoreño *El Diario de Hoy* y también era corresponsal de la agencia United Press International (UPI).

El 24 de marzo de 1980 salió del periódico a las 5:30 de la tarde, con la misión de fotografiar a monseñor **Óscar Romero** durante una homilía.

Una familia acomodada de El Salvador, la familia Pinto, había invitado a través de los periódicos a una misa en el primer aniversario de la muerte de **Sara Meardi de Pinto**. “Sus hijos y familia le invitan a la Santa Misa que oficiará el señor arzobispo de San Salvador a las 18 horas en la iglesia del Hospital Divina Providencia”, publicaron.

El fotógrafo Pérez García llegó tarde. Cuando se bajó de un taxi en la entrada principal de la iglesia, eran aproximadamente las 6:20 de la tarde. Al entrar, observó cerca de una treintena de personas, y decidió sentarse en el segundo banco del lado derecho para escuchar la homilía y, al mismo tiempo, preparar su cámara para retratar a monseñor Romero.

Habían pasado unos cinco minutos de la llegada del fotógrafo cuando, –a las 6:30 de la tarde del 24 de marzo de 1980– monseñor Romero decía lo siguiente:

“Con fe cristiana sabemos que en este momento la Hostia de trigo se convierte en el Cuerpo del Señor, que se ofreció por la redención del mundo, y que en este Cáliz el vino se transforma en la Sangre que fue precio

de la Salvación. Que este Cuerpo inmolado y esta Sangre sacrificada por los hombres nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar cosechas de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos pues, íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros...”.

En este momento, las palabras de monseñor Romero fueron interrumpidas por un disparo. Tras ello, un alboroto, un tumulto de voces...

El fotógrafo Pérez García dijo en su declaración a la Policía Nacional que escuchó la detonación de un arma de fuego en la entrada principal de la iglesia. Tras ello, observó como monseñor Romero se desplomaba en el suelo; y





arzobispo recibe incesantemente a fieles y peregrinos que depositan sus peticiones de intercesión al nuevo beato, cuya fiesta ha sido fijada para el 24 de marzo, el mismo día de su martirio.

EN PRIMERA PERSONA

“CUANDO LLEGUÉ, YA ESTABA MUERTO”



Santos Gaspar Romero es uno de los siete hermanos de monseñor Romero, de los que dos quedan con vida. Recuerda perfectamente lo que sintió el 24 de marzo de 1980, cuando, pasadas las seis y media de la tarde, le llamaron al trabajo para decirle que fuera al hospital porque Óscar Arnulfo, doce años mayor que él (tiene 86), había sufrido un ataque mientras oficiaba la misa: “Cuando llegué –relata en conversación telefónica con *Vida Nueva*–, ya estaba muerto. Había miles de personas en la puerta, todos querían verlo... Era el lamento de un pueblo dolorido porque habían matado a un hombre de bien”. Pese a todo, reconoce que el sacrificio de su hermano fue consciente, un martirio aceptado. Cuando fue a hablar con él tres días antes del asesinato para alertarle de que había recibido un mensaje anónimo con amenazas en su contra, el arzobispo de San Salvador le reconoció que ya el nuncio en Costa Rica le había explicado que sabía de un plan para secuestrarle y que en Roma le ofrecían diversas formas de salir del país, pero él se negó y dijo que estaría con su pueblo hasta el final. Esa misma noche, a partir de las ocho, “el silencio fue sustituido por el eco de las bombas, que a cada momento retumbaban en distintos puntos de la ciudad. Luego, los militares cortaron muchos postes eléctricos y la oscuridad era total; ni siquiera se podía caminar por la calle”. Aunque lo peor estaba por llegar. Una semana después, tenía lugar el funeral en la catedral de San Salvador. La multitud se aglomeraba en la plaza y había una enorme tensión. Grupos de ultraderecha hicieron explosionar varias bombas, respondidas por miembros de la guerrilla izquierdista mezclados entre la gente. Al momento, se inició una estampida que fue mortal: “Murieron muchísimas personas”, revive Santos Gaspar con dolor e incapaz de concretar. Hubo 40 fallecidos y más de 200 heridos. Muchos consideran que ahí nació una guerra civil que, aunque nunca fue declarada oficialmente, llegó hasta 1992 y ocasionaría más de 75.000 víctimas.

M. Á. MALAVIA

DE 1980, 18:30 DE LA TARDE

EFREN LEMUS (EL SALVADOR)

cómo un vehículo aceleraba fuera de la iglesia, huyendo del lugar.

Todos los asistentes a la misa se tiraron al suelo. Algunos pensaron que el ataque iba dirigido contra **Jorge Pinto Hijo**, miembro de la familia Pinto y propietario del periódico *El Independiente*. Sin embargo, él y sus familiares estaban bien.

Pérez García, entonces, se concentró en tomar fotografías. Caminó hacia el altar mayor y observó que monseñor Romero “manaba abundante sangre por la boca y la nariz”. Él así lo retrató.

Las monjas, la familia Pinto y los asistentes intentaron auxiliar a Monseñor Romero. El coronel **Manuel Antonio Núñez** ofreció su coche para trasladar al arzobispo a la Policlí-

nica Salvadoreña, donde fallecía tres horas después. El fotógrafo retrata estos momentos y, unos minutos más tarde, regresa al interior de la iglesia, captando el momento en que las monjas limpian la sangre del suelo.

Sin embargo, su presencia se vuelve sospechosa. Las monjas y algunos asistentes comienzan a preguntar quién lo había invitado a la misa. Pérez García se identifica como corresponsal de una agencia de prensa, y afirma que había leído en los periódicos que monseñor Romero oficiaría una misa. La explicación no termina de convencer a las monjas, que lo retienen durante más de cuatro horas.

Monseñor Romero murió oficialmente a las 10 de la noche. El juez **Orlando Hernández** y el forense **Pedro Chavarría** fueron los en-

cargados de entrar en la sala para realizar la autopsia. “La causa de la muerte se debe a una lesión ocasionada con un arma de fuego en el tercer espacio intercostal izquierdo sin orificio de salida, por lo cual se le practicó autopsia, localizando la bala a veinte centímetros de línea clavicular anterior y a seis centímetros del esternón”, escribió el médico.

Esa noche, clero salvadoreño se reunió de emergencia en el seminario San José de La Montaña. Eulalio Pérez García fue a una de las primeras personas en ser recibidas, para tener alguna idea de lo ocurrido. El fotógrafo contó su historia. Luego ofreció una copia de las fotografías tomadas aquella tarde. Es así como lograron documentar gráficamente el asesinato de monseñor Romero.



Sentir
con la
Iglesia

ROMERO



El cardenal Amato presidiendo la ceremonia de beatificación en San Salvador

Un complejo proceso para “el primer mártir del Concilio”

Han pasado 35 años —¡nada menos!— entre el vil asesinato de monseñor **Óscar Arnulfo Romero y Galdámez**, arzobispo de San Salvador, el 24 de marzo de 1980, y su beatificación, el 23 de mayo de 2015 en la capital salvadoreña. ¿Cómo explicar tan alto número de años, sobre todo a la vista de que para la beatificación de, por ejemplo, **Josemaría Escrivá de Balaguer** o de Madre **Teresa de Calcuta** se empleó apenas una década? Para responder a esta pregunta no nos enfrentamos a un misterio, sino a un complejo proceso histórico que un día saldrá a la luz en todos sus detalles. En esta información intentamos

ANTONIO PELAYO. ROMA

avanzar algunos elementos que aporten luz y claridad.

Después de la brutal muerte del arzobispo mientras celebraba la Eucaristía el Lunes Santo en la capilla del Hospital de la Divina Providencia, en la colonia Miramonte de San Salvador, la Santa Sede tardó en reaccionar. La archidiócesis quedó sin pastor durante meses, hasta que se nombró administrador apostólico “sede vacante” de la misma a **Arturo Rivera Damas**, que solo en febrero de 1983 fue confirmado como arzobispo.

Diez años exactos después del martirio de Romero, el 24 de marzo de 1990, su sucesor

abrió el proceso diocesano para introducir la causa de beatificación y fue nombrado postulador de la misma el presbítero **Rafael Urrutia**. Durante seis años se leyeron todos los escritos del arzobispo y se interrogó a numerosos testigos que le conocieron y trataron personalmente. El 1 de noviembre de 1996 tuvo lugar la clausura del proceso diocesano y se envió todo el material a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, presidida entonces por el cardenal **Alberto Bovone**. A partir de ese momento, entró en funciones de postulador el joven monseñor **Vincenzo Paglia**. En julio del año siguiente, la Congregación aceptó la causa y

Juan Pablo II le otorgó a Romero el título de “siervo de Dios”. En 1998, se entregó la *positio super martyrio*. Dos años más tarde, toda la documentación se trasladó a la Congregación para la Doctrina de la Fe, a cuyo frente estaba el cardenal **Joseph Ratzinger**, para que se examinara si todos los escritos y dichos de monseñor Romero correspondían a la doctrina de la Iglesia. El proceso como tal quedó entonces bloqueado.

Para entenderlo hay que tener en cuenta la presión del que podríamos definir como *lobby* eclesiástico latinoamericano, liderado por el cardenal colombiano **Alfonso López Trujillo**, de tendencia ultraconservado-



ra, cuya influencia sobre Juan Pablo II nadie puede negar. Resulta interesante analizar la postura personal de **Karol Wojtyła** en esta cuestión; en sus dos viajes a El Salvador (el primero en marzo de 1983 y el segundo en febrero de 1996) quiso, contra el parecer de algunos de sus consejeros, visitar en la catedral la tumba del arzobispo, a quien definió como “pastor celoso a quien el amor a Dios y al servicio de los hermanos le condujo a perder la vida cuando celebraba el Sacrificio del perdón y la reconciliación”. No usó, sin embargo, la palabra mártir.

Me consta por diversos testimonios personales que, en muchos de los almuerzos que Juan Pablo II compartía con obispos latinoamericanos, les pedía su opinión sobre monseñor Romero. “Un espeso silencio –me confesó en su día uno de ellos– se apoderaba de los comensales y nadie se atrevía a



OPINIÓN

GREGORIO ROSA CHÁVEZ. OBISPO AUXILIAR DE SAN SALVADOR

San Romero de América... San Romero del mundo

Quiera ser un palillo seco de romero injertado en el olivo”. Estas palabras escritas por monseñor **Óscar Romero** aluden a su apellido, que él interpretaba en dos sentidos: Romero es el nombre de una planta aromática muy frágil; y Romero es el peregrino que se dirige a un santuario como el de Santiago de Compostela, en España, el del Señor de Esquipulas o el de la Virgen de la Paz. Esa ramita frágil y olorosa forma parte del escudo episcopal de nuestro primer beato, junto con la palma que simboliza a la patrona de El Salvador.

Ayer El Salvador fue testigo de una fiesta planetaria: la beatificación de monseñor Romero. Mil trescientos sacerdotes, un centenar de obispos y casi una decena de cardenales encabezaban una multitud “de toda raza, pueblo, lengua y nación que nadie podía contar”. Sí, era una multitud incontable que no solo estaba apiñada en la plaza del Salvador del Mundo y en sus alrededores, sino que, a través de la radio, la televisión, Internet y las redes sociales, abarcaba los cinco continentes. Tenía razón el postulador de la causa de nuestro amado pastor y mártir al declarar en El Paisnal que el cuarto arzobispo de San Salvador no solo era “san Romero de América”, sino “san Romero del mundo”.

Un símbolo de esta verdad sorprendente y consoladora es la decisión de los representantes de Cáritas de más de 150 países que, hace ocho días, en su XX Asamblea General celebrada en Roma, declaraban al beato Óscar Romero patrono de dicha confederación. Se une así a los otros dos patronos de Cáritas: san **Martín de Porres** y Madre **Teresa de Calcuta**.

Yo estaba allí, representando a Cáritas El Salvador, cuando surgió la idea de este patronato, la cual fue acogida con un aplauso atronador. El papa **Francisco**, en la misa inaugural de la Asamblea, había dado el tono al invitarnos a seguir siendo, en el mundo de los pobres y los que sufren, “la caricia de Dios”. Su secretario de Estado, cardenal **Pietro Parolin**, en la ceremonia de clausura, agradeció a todos los que trabajan en Cáritas porque una actitud personal de amor “da sentido a nuestra presencia en el mundo como una continuidad de la presencia del Señor”.

Yo presentaba este resultado cuando salí de Roma, el sábado 16. Cuando usted lea estas

líneas, la estampa oficial de monseñor Romero, con su rostro sereno y su mano derecha en actitud de bendición, ya estará colocada en las oficinas de Cáritas de casi todas las naciones de la tierra. Realmente, Romero es un santo de dimensión planetaria, el mártir más conocido y más amado del siglo XX.

He sido testigo excepcional de este camino largo y lleno de obstáculos, que comenzó en 1990 cuando monseñor **Arturo Rivera Damas** –sería injusto no mencionarlo expresamente– anunció, en el X aniversario del martirio de su predecesor, su intención de iniciar el proceso de canonización. Este se abrió formalmente cuatro años después, en 1994, habiendo encomendado a los monseñores **Jesús Delgado** y **Rafael Urrutia** la tarea de ser los promotores de dicha causa. Tras la muerte repentina de monseñor Rivera, ocurrida el 26 de noviembre de 1994, correspondió a su sucesor, monseñor **Fernando Sáenz Lacalle**, continuar con este esfuerzo. Fue muy emotiva la ceremonia del primero de noviembre de 1996, cuando monseñor Sáenz cerró oficialmente el proceso diocesano y envió a Roma toda la documentación relacionada con este proceso. Se iniciaba así la fase romana que, como en un interminable vía crucis, transcurría lentamente e incluso, en ciertos momentos, quedaba detenida. “El santo de cuatro papas”, como también le llamó monseñor **Vincenzo Paglia**, en alusión a que Romero se entrevistó con el papa **Pablo VI** en 1978, recibiendo de él un apoyo inestimable, cuando le dijo: “Comprendo su difícil trabajo. Es un trabajo que puede ser no comprendido, necesita tener mucha paciencia y mucha fortaleza. Ya sé que no todos piensan como usted, es difícil en las circunstancias de su país tener esa unanimidad de pensamiento; sin embargo, proceda con ánimo, con paciencia, con fuerza, con esperanza”; y aludiendo también a **Juan Pablo II**, a **Benedicto XVI** y al papa Francisco.

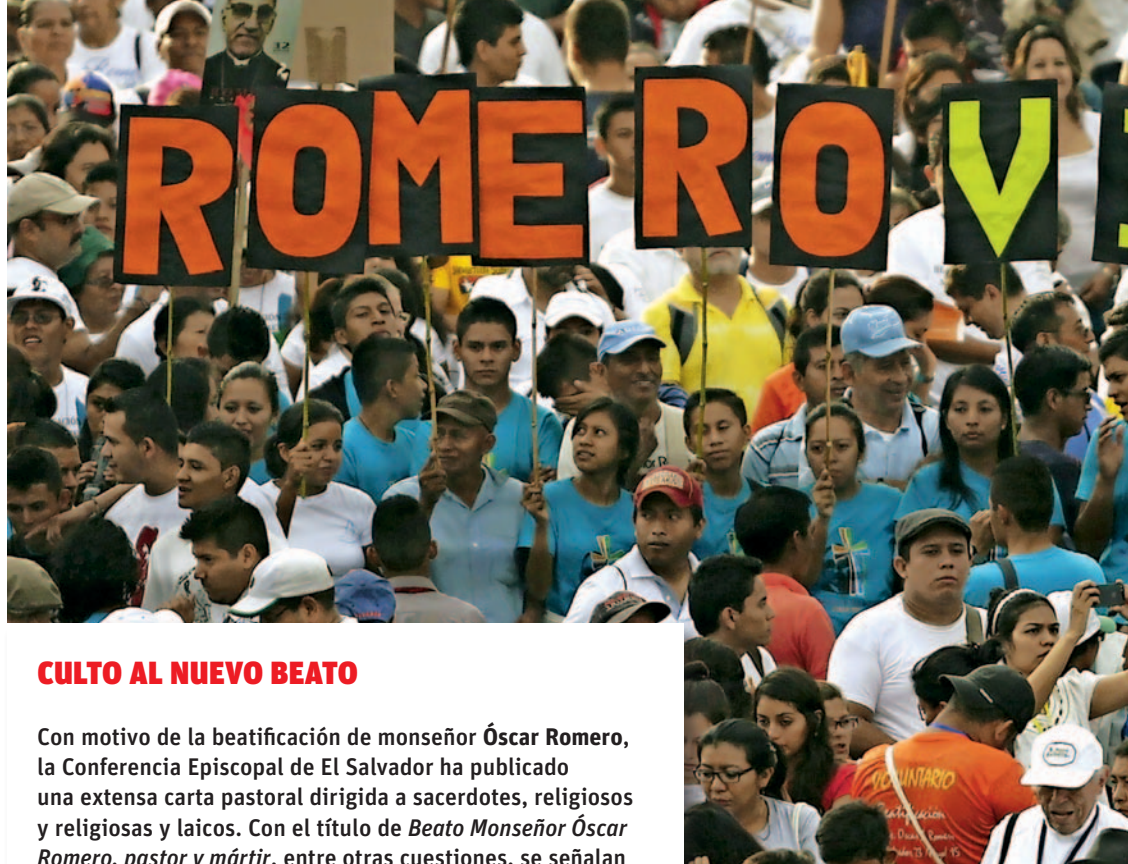
Ayer contemplamos emocionados, y muchos de nosotros con lágrimas en los ojos, el momento solemne en que, después de la proclamación de que monseñor Romero era declarado mártir, se desveló una imagen gigantesca de diez metros de altura. Su fiesta litúrgica será el 24 de marzo, día de su nacimiento para el cielo, el momento en que se disponía a ofrecer el sacrificio del altar.

► pronunciarse sobre la cuestión salvo para enunciar alguna banalidad”. No obstante esas reticencias, el Papa polaco ordenó que se incluyera el nombre de monseñor Romero en la lista de los mártires latinoamericanos durante la jornada del Jubileo del año 2000 consagrada a los mártires del siglo XX.

Este *impasse* se prolongó durante largos años a pesar de las clarificaciones que Paglia suministró al Papa en persona y a la Congregación para las Causas de los Santos, demostrando que monseñor Romero nunca fue un exponente de la denostada Teología de la liberación.

El desbloqueo no llegará hasta el pontificado de Benedicto XVI. Durante el vuelo que le conducía a Brasil en mayo de 2007, a una pregunta sobre en qué punto se encontraba la causa del arzobispo Romero, Ratzinger respondió así: “Monseñor Paglia me ha enviado una biografía importante que aclara muchos puntos de la cuestión. Monseñor Romero ha sido ciertamente un gran testigo de la fe, un hombre de grandes virtudes cristianas, que se ha comprometido por la paz y contra la dictadura y que fue asesinado durante la celebración de la Misa. Se trata, pues, de una muerte verdaderamente ‘creíble’, de testimonio de la fe. Había el problema de que un sector político quería tomarle como bandera, como figura emblemática, injustamente. ¿Cómo llevar a la luz su figura poniéndola al reparo de estos intentos de instrumentalización? Este es el problema. Se está examinando y yo espero con confianza a lo que diga al respecto la Congregación para las Causas de los Santos” [presidida desde 1998 por el cardenal **José Saraiva Martins**].

Con la llegada a la sede de **Pedro de Bergoglio**, se abre una nueva etapa en el proceso



CULTO AL NUEVO BEATO

Con motivo de la beatificación de monseñor Óscar Romero, la Conferencia Episcopal de El Salvador ha publicado una extensa carta pastoral dirigida a sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos. Con el título de *Beato Monseñor Óscar Romero, pastor y mártir*, entre otras cuestiones, se señalan las siguientes observaciones para el culto al nuevo beato:

1. Celebrar solemnemente la Fiesta del Beato Óscar Romero en todo nuestro país, el día 24 de marzo.
2. Promover el conocimiento de su persona y su doctrina.
3. Promover la imitación de sus virtudes.
4. Invocar constantemente su intercesión.
5. Pedir a Dios la gracia de su pronta canonización.

Asimismo, se incluye esta oración para pedir un favor por su intercesión:

Dios Padre Misericordioso
que, por mediación de Jesucristo,
la intercesión de la Virgen María, Reina de la Paz
y la acción del Espíritu Santo,
concediste al Beato Óscar Romero
la gracia de ser Pastor ejemplar
al servicio de la Iglesia
y, en ella, de manera especial,
de los pobres y los necesitados.

Haz, Señor, que yo sepa también
vivir conforme al Evangelio de tu Hijo
y concédeme, por intercesión del beato Óscar Romero,
el favor que te pido. Así sea.

Y dignate glorificar a tu Beato Óscar Romero
y concédeme, por su intercesión, el favor que te pido.
Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

[Carta Pastoral completa en VidaNueva.es](http://VidaNueva.es)



yo fuera papa, ya lo habría canonizado”. En abril de 2013 –un mes después de la elección de Francisco–, Paglia, que ya ha sido nombrado presidente del Pontificio Consejo para la Familia, anuncia que el Papa le ha comunicado su voluntad de “reabrir” el proceso. De las palabras se pasa a los hechos.

Desbloqueo

En el vuelo de regreso a Roma desde Corea (agosto de 2014), a una pregunta de **Philipp Pulletta**, de la agencia *Reuters*, sobre la situación del proceso, esta fue la respuesta papal: “El proceso estaba en la Congregación para la Doctrina de la Fe, bloqueado ‘por prudencia’, se decía. Ahora está desbloqueado. Ha vuelto a la Congregación para las Causas de los Santos. Y sigue el camino normal de todos los procesos. Depende de cómo se muevan los postuladores. Esto es muy importante, hay que hacerlo deprisa. Yo lo que quiero es que se aclare cuándo hay un martirio *in odium fidei*, ya sea por haber confesado el Credo, sea por haber hecho las obras que **Jesús** nos manda con el prójimo. Este es el trabajo de los teólogos que lo están estu-

que ha llevado a los altares a monseñor Romero. **Gregorio Rosa Chávez**, obispo auxiliar de San Salvador, recordó que, en la V Asamblea del CELAM, en

2007, el entonces arzobispo de Buenos Aires le respondió así a su pregunta sobre lo que pensaba de monseñor Romero: “Para mí es un santo y un mártir; si



OPINIÓN

PEDRO MIGUEL LAMET, SJ. ESCRITOR, PERIODISTA Y AUTOR DE “EL ALMA SECRETA DEL MÁRTIR ÓSCAR ROMERO”, EN ‘ROMERO DE AMÉRICA, MÁRTIR DE LOS POBRES’ (MENSAJERO, 2015).

El último secreto de un hombre consecuente

Por fin llegó la hora de **Óscar A. Romero**. Después de 35 años, ha subido a los altares quien había sido canonizado por aclamación popular. Sin embargo, ¿qué sabemos de él? Casi todas las crónicas se ciñen a los tres últimos años de su vida, cuando se produce su gran despertar a la causa de los pobres, que desembocará en el martirio.

Pero, ¿realmente hay un corte tan radical entre el primer Romero y el segundo? ¿Cómo era en lo más recóndito de su conciencia? Durante una conversación en Roma con **César Jerez**, provincial entonces de los jesuitas de Centroamérica, dice Romero una frase clave: “Cambié, sí, pero también es que volví de regreso”. Y explica previamente: “Es que uno tiene raíces”. En esas raíces de infancia y juventud se hunden las claves remotas de cualquier ser humano.

Psicológicamente nunca dejó de ser en gran parte el niño enfermo, pobre hijo de una familia pobre, solitario, un poco “tristito”, decían, y el “niño de la flauta” que rezaba espontáneamente en la iglesia de su pueblo y decidió sin dudarlo hacerse sacerdote. Ese contacto profundo con Dios en la oración le acompañó y determinó siempre.

Un carácter sensible y tímido, con alma de artista, que se revela en su poco conocido diario de Roma, donde vive su inquebrantable devoción a la Iglesia y al sucesor de **Pedro**. Pero también el sufrimiento interior de no poder concluir su licenciatura y la lucha contra una tendencia escrupulosa.

Todos los profetas tienen algo de solitarios y todos los santos mucho de enamorados e incomprendidos. La clave de su bóveda era el amor al Evangelio, como le confiesa al cardenal **Baggio** cuando este le pide cuentas. Porque el proceso de un hombre de Dios es buscarle, y su evolución, un camino hacia “ver claro”. La muerte de **Rutilio Grande** fue el fulminante de su iluminación, pero todo estaba allí dentro, cuando se emociona al ver a una pobre mujer mendigando en la puerta del Gesù, cuando se eleva desde el arte religioso de Italia, cuando hace “trampa” para tocar el cadáver de **Pío XI**, cuando se ofrece a morir por Cristo el día de su ordenación sacerdotal.

En sus primeras armas en San Miguel demuestra su entrega a todos, pobres y ricos, hasta el agotamiento, tanto que llega a romperse por dentro. Formado en el yunque de la espiritualidad ignaciana, respondía a una época muy propia de los tiempos preconciliares, donde la ortodoxia romana se inculcaba como algo irrenunciable, e incluso el uso de penitencias corporales.

Hombre de convicciones, comienza a sentir un desgarramiento entre su fidelidad a lo aprendido y la irrupción del Concilio. Lucha por comprender la actualización del Vaticano II, porque él quiere “sentir con la Iglesia”, prioridad que ostenta en su lema episcopal. Como obispo auxiliar se siente solo y entre dos aguas, lo que explica sus visitas al psicólogo. Incluso es lógico que, en un momento, se inclinara por el Opus Dei, donde le parece encontrar sacerdotes amantes del traje talar, las rúbricas, la literalidad de Roma; y a combatir los brotes de marxismo incluso en donde no existían.

La muerte de hombres consecuentes le abre los ojos y decide dejar una orilla y optar por la de los que sufren víctimas de una tremenda injusticia. Avanzaría así con seguridad junto al pueblo que había amado desde niño. Acabó por inculturizarse en su gente y ver el rostro machacado de **Jesús** en ella. Esto le condujo con plena conciencia a la muerte.

¿Cómo un hombre frágil, tímido, sensible, escrupuloso, solitario, llega a dar un paso así? Porque siempre fue radicalmente evangélico desde el seminario. Porque no olvidemos que, detrás de su timidez, había un carácter rico y fuerte, a veces tozudo incluso. Desde el momento en que ve claro, se lanza a la defensa de los pequeños, los pobres, como respuesta al núcleo central del Evangelio, y ya no duda, aunque no deje nunca de sentir miedo físico y la somatización en forma de enfermedades que, si siempre le acompañaron, al final se agravaron. Pero ya no era fidelidad a una norma o doctrina, sino a una persona: “El cristianismo –dirá en una homilía– no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones. El cristianismo es una persona que amó tanto que reclama mi amor. El cristianismo es Cristo”. El Cristo que vive, muere y resucita en Óscar Romero.

diando. (...) Hay que distinguir esto teológicamente. Para mí, Romero es un hombre de Dios, pero hay que hacer el proceso y también el Señor tiene que dar una señal... Si Él quiere, lo hará. Pero ahora los postuladores tienen que moverse, porque no hay impedimentos”.

El pasado 3 de febrero, al final de una audiencia con el Santo Padre, el cardenal **Angelo Amato**, prefecto para las Causas de los Santos, hizo público el decreto por el cual se reconoce “el martirio del siervo de Dios **Óscar Arnulfo Romero Galdámez**, arzobispo de San Salvador”.

Para concluir esta crónica, quiero recoger estas palabras de Paglia al diario *Avvenire* (22 de mayo): “El martirio de monseñor Romero es el cumplimiento de una fe vivida en plenitud. La fe que emerge con fuerza en los textos del Concilio Vaticano II. En este sentido, podemos decir que Romero es el primer mártir del Concilio, el primer testigo de una Iglesia que se mezcla con la historia del pueblo con el que vive la esperanza del Reino. Una esperanza de justicia, de amor, de paz. Romero es un fruto del Concilio”.

